PROGRAMA
INTERUNIVERSITARIO
de
HISTORIA POLÍTICA

Para una periodificación del Movimiento Estudiantil de la transición (1987 – 2011)[1]

Luis Thielemann H.
Estudiante de Doctorado en Historia, Universidad de Chile
Revista Pretérito Imperfecto

Introducción

La existencia del movimiento estudiantil estuvo puesta en duda por mucho tiempo. A partir del evidente contraste entre la vitalidad política de los estudiantes de los años previos a 1973, o la década de los '80, y las escaramuzas de baja intensidad de los años de la transición, entonces se estimaba que como todo la cultura política del siglo XX, estaba destinada a desaparecer en la moderna empresa educativa y la promesa del *self made man*. En parte, aquello sucedió, aunque no como un quiebre histórico que elimina todo precedente, sino, más bien, fueron hechos, tendencias, procesos abiertos por una iniciativa política organizada, en función de conseguir el objetivo de la fragmentación y despolitización del movimiento social. "El movimiento estudiantil ha muerto" estableció provocativamente José Joaquín Brunner en 1985[2]. Era el correlato para el mundo estudiantil y en forma de oráculo con credencial de intelectual, de la operatoria de desmovilización que se emprendió desde el pacto de la transición. Como ha sostenido Gabriel Salazar, este proceso fue fruto de una iniciativa que directa o indirectamente anuló la potencia política de los movimientos sociales constituidos en la lucha contra la Dictadura. Desde, por lo menos, 1986 la Alianza Democrática / Concertación buscó resolver el problema de cómo alcanzar una movilización electoral masiva, pero sin que aquello significara alterar la obediencia a la Constitución. Para el Movimiento Estudiantil que había luchado contra la Dictadura, la fórmula se expresó en la desideologización del retorno a la democracia, relatada como una lucha post-política. En el mismo impulso, condenó la movilización social a la imagen del oscuro infierno del caos y el desgobierno, la irracionalidad y la anomia. Salazar definió dicha iniciativa como una voluntad crítica que dispara "al lado y atrás, para evitar que otros procesos críticos le ganen

[1] Texto elaborado en 2012 para los *"Talleres Para la Acción Estudiantil"*, a pedido de y publicado por el Centro de Estudios FECh – Heinrich Böll Stiftung, pp. 32 – 50.

[2] "Si movimiento estudiantil significa un fenómeno de masas juveniles relativamente homogéneas, que se identifican por oposiciones y alianzas relativamente estables, y que buscan incidir en la marcha de la institución universitaria para convertir a ésta en una partera de la modernidad, entonces diremos que ese movimiento estudiantil ha desaparecido y que no volverá. (…) En cambio, podría sugerirse que crecientemente nos encontramos con unos movimientos estudiantiles (plural) altamente diversificados, con connotaciones locales, apegados a sus instituciones, orientados hacia la defensa y promoción de intereses gremiales o corporativos. Difícilmente dichos movimientos podrán sumarse en un solo Movimiento Estudiantil (Nacional), así, escrito con mayúsculas como solía hacerse en los '60. (…) Lo que posiblemente sucederá menos en el futuro próximo será una oposición estudiantil de tipo radical que exija, en términos de un nuevo principio de organización universitaria, un cambio significativo de la institución. Más improbable aún es que dicha oposición pudiese alcanzar un grado de movilización nacional, levantándose por ejemplo frente al sistema de educación superior en su totalidad". En José Joaquín Brunner, "El movimiento estudiantil ha muerto: Nacen los movimientos estudiantiles". En *FLACSo Chile, Material de Discusión* n°71. Santiago, FLACSo, 1985. pp. 19 y 20.

la delantera”[3].
Esta voluntad tuvo cierto éxito, como mencionamos, pero fue contenida por la resistencia estudiantil a la profundización de las reformas neoliberales en el sistema educacional. De esta forma, la liquidación de la red pública y la mercantilización desatada de la educación, generó contradicciones que afectaron no sólo la vida cotidiana de las mayorías, sino que continuamente fueron agrietando las promesas de la transición neoliberal. Dichos efectos, fueron siendo procesados en ciclos de lucha corporativa, por más becas y créditos, por salvar las instituciones, por un techo que se llueve o más sillas para las salas; y emergieron primero como conflictos entre los estudiantes y sus autoridades, después ante el gobierno y finalmente contra 'el sistema en su conjunto'. Por ello no es casualidad que en lo educacional, donde se juega la reproducción de legitimidad del Chile neoliberal, haya existido un foco permanente de conflicto en los aparentemente pasivos años '90, y que ese foco terminó evacuando una crítica general.
Por tanto, la existencia histórica del Movimiento Estudiantil de la transición (ME) es constatable en los ciclos de luchas estudiantiles, en el marco de la 'demanda histórica' de defensa y promoción de la Educación Pública. Es una lucha social que creció desde el reino de la necesidad, el financiamiento del sistema y sus usuarios, para politizarse como crítica a la totalidad, el “No al lucro”.
En dos décadas de gobiernos civiles, el ME ha demostrado capacidad de movilización electoral y de lucha social, tanto en sus campus como en las calles, articulados nacionalmente. Es un movimiento que ha sido convocante de mayorías efectivas, significativamente protagónicas de su propia movilización, activadas por una amplia red de agitación y propaganda de las organizaciones políticas asentadas -o nacidas- en las aulas. En tales manifestaciones de número, que ocurrían por lo menos una vez al año, ocurría que se encontraban, frente a frente, con tensiones y fraternidades, “los convencidos” y “las bases”, y ahí se debían sincerar las posiciones. Sólo en esos momentos, el Movimiento Estudiantil fue una unidad como tal: soberana, reivindicativa de la totalidad y no sólo fragmentos en débiles alianzas. Así y todo, mantuvo instituciones más o menos estables a su cabeza y también una capacidad de movilización de masas. Ha sido un Movimiento Social históricamente constatable en su lucha y práctica democrática. El resto del tiempo, cuando no estaba en las urnas o luchando, volvía a la fragmentación enunciada por Brunner, a la vida cotidiana neoliberal, porque del cielo y del infierno se alimentó su historia.
Por tanto, si podemos definir como una 'unidad histórica' al ME, entonces propondremos que esa unidad está definida por una lucha de tendencias por la dirección del conflicto entre, más o menos, 1987 y 2011. La afinidad de, por una parte, la crítica generalizada entre los estudiantes a los efectos del abandono del Estado al sistema educacional, con, por otra parte, la reflexión de las izquierdas supervivientes al desastre ontológico de 1989-93, hizo síntesis en nuevas prácticas estudiantiles, movilización radical y un remozado anticapitalismo. De esta forma, la Transición para el Movimiento Estudiantil significó su propia transformación como movimiento social, en conflicto con el avance neoliberal del periodo. De ahí emergió como un movimiento social politizado, con formas más democráticas respecto del ciclo anterior y con reflexiones y claridades sobre las contradicciones del capitalismo del s.XXI, y cuyas bases sociales ya podían denominarse como masas (así, en plural).

[3] Gabriel Salzar, *Movimientos*..., pp. 47 – 59.

Este texto propone, en ese marco de análisis, una periodificación histórica del Movimiento Estudiantil desde 1987 a 2011, delimitada por un primer periodo de crisis y reconstrucción, otro de lucha, reflexión y tensiones, y un periodo de maduración, ascenso y protagonismo de mayorías. Este texto se propone servir como documento para el estudio de la historia de un actor presente y en constante transformación. Esperemos que lo logre.

I.- 1987 – 1997, Crisis, supervivencia y reconstrucción

El movimiento estudiantil de, más o menos, 1975 a 1987[4] está absolutamente determinado por el conflicto con la Dictadura. Es una forma específica en ese conflicto, es distinta al movimiento de profesionales, al de trabajadores o al de pobladores; pero al igual que todos esos grupos, se vio afectado por los profundos cambios de fines de los años '80 del siglo pasado. El final de ese movimiento y la transición hacia una nueva unidad histórica, constituyeron la compleja década de los '90 del Movimiento Estudiantil chileno.

Las movilizaciones de 1987 en la Universidad de Chile, en la que los estudiantes consiguieron doblarle la mano a la Dictadura y produjeron la salida del rector designado, José Luis Federici, dejaron la estima alta en un sector del movimiento opositor. Los partidarios de la "Oposición moderada" vieron en la debilidad de la Dictadura y en la configuración de una alianza amplia y de la fórmula intrainstitucional, la confirmación de las tesis que proponían aceptar el itinerario electoral de la Constitución de 1980 como cancha donde derrotar a Pinochet. De la misma forma, los grupos de la izquierda revolucionaria, partidarios de la movilización estudiantil enmarcada en la lucha social tendiente a la insurrección popular, fueron perdiendo peso entre los estudiantes tras los fracasos de 1986 y la pérdida de ímpetu de las organizaciones sociales[5]. Esto se expresó en el masivo apoyo prestado por parte de los estudiantes organizados a las "epopeyas" electorales de 1988 y 1989, a través del "Movimiento por las Elecciones Libres", coordinado por Ricardo Lagos, y después abiertamente por la Concertación y sus grupos de apoyos en la candidatura presidencial de Patricio Aylwin. "Quedaban atrás los años de la ingobernabilidad y todos los esfuerzos se fueron a la campaña: concentraciones por el No a Pinochet, brigadas para enseñar a votar, preparación de apoderados de mesa"[6]. Desde por lo menos 1986 la Alianza Democrática / Concertación buscó resolver el problema de cómo alcanzar una movilización electoral masiva, pero sin que aquello signifique alterar la obediencia a la Constitución. Una forma fue desideologizar la política de retorno a la democracia y expresar su lucha como una lucha post-política; a la vez que condenó a la movilización social al oscuro infierno del caos y el

---

4 Aunque correspondería a otro estudio periodificar el movimiento estudiantil bajo la Dictadura cívico-militar, creemos que estos son los años "límite" para dicha unidad histórica. Tomamos 1975 porque de esta data son los primeros signos de rearticulación y crecimiento de las organizaciones políticas de oposición en las universidades. En cambio, 1987 es el año del paro de la Universidad de Chile contra el rector delegado José Luis Federici, el despliegue de la iniciativa política de la naciente Concertación y el definitivo triunfo del "pacto de la transición" dentro del amplio movimiento opositor a la dictadura.

5 Nos referimos a los hallazgos de armas de Carrizal bajo, el fracaso del atentado a Pinochet, en 1986, y también a la desmovilización de la Asamblea de la Civilidad tras las protestas nacionales de 2 y 3 de julio de 1986.

6 Víctor Muñoz T., *Generaciones. Juventud universitaria e izquierdas políticas en Chile y México (Universidad de Chile – UNAM 1984 – 2006)*. Santiago, Lom, 2011, p. 119.

desgobierno, la irracionalidad y la anomia[7]. La electoralización de la oposición fue la forma histórica del proceso de desmovilización social.

Y así el movimiento secundario entró en la segunda noche de su historia, tras su vaciamiento reivindicativo en pos del apoyo a Aylwin en 1989[8]. Entre sus filas se encontraban desconcertados jóvenes de periferia, cuyo empuje transformador chocaba con la iniciativa desmovilizadora de la Concertación en las dirigencias. La izquierda se batía en una desordenada retirada y guerras fratricidas, mientras los grupos armados se nutrían de futuros mártires y presos políticos a partir de la misma crisis de las organizaciones sociales y el desencanto ante la transición. Esta conformación del escenario político y social a partir del final de la década '80 -y también de lo que significada el fin del "siglo XX corto"-, como propia del final de una forma de hacer política en Chile desde los movimientos sociales, fue de vital importancia en el tipo de lucha estudiantil que existió en las dos décadas siguientes.

Desde 1990 a 1994, en el plano educacional, mientras la reforma del ramo emprendida desde el gobierno de Aylwin descomprimió la relación con los profesores, a la vez que entregó nuevos recursos al alicaído sistema público primario y secundario, la crisis tomó las universidades, tanto en lo institucional como en las organizaciones estudiantiles. De esta forma, en los años '90 el movimiento estudiantil debió movilizarse como última línea de defensa ante la liquidación del sistema público de educación superior. Los casos de quiebras, reestructuraciones, tercerización de trabajadores y servicios, y un largo etcétera de medidas jibarizadoras de las institucione se repitieron en distintas universidades, siendo los del ex Pedagógico (UMCE), la Universidad de Antofagasta, la USACh, todos ocurridos en 1993, los más notorios. De la misma forma, el sistema de préstamos y becas para el financiamiento estudiantil presentaba los mismos síntomas de insolvencia de siempre, abriendo un flanco de conflicto para la naciente democracia. También en 1993, las federaciones de estudiantes de la USACh y la Universidad de Chile entraron en crisis profundas, al punto de dejar de existir por algunos años, debido principalmente a la corrupción de sus dirigentes en el marco de la despolitización de las mismas organizaciones. Esta crisis de las organizaciones estudiantiles se presentó en casi todas las casas de estudio, siendo generalizada la situación de descomposición de las dirigencias y el desaparecimiento de las federaciones por algunos años de la década de los '90.

En 1992, los estudiantes se movilizaron contra dos fuerzas: por un lado, el Gobierno y su negativa a reformar el sistema de préstamos a la demanda como forma de financiar vía mercado al sistema universitario. Por el otro, las dirigencias estudiantiles, copadas por militantes de la Concertación, intentaron contener cualquier movilización que pudiese afectar al Gobierno, bajo el argumento de que aquello era "hacerle olitas al gobierno" y con ello,

---

7 Gabriel Salzar, *Movimientos Sociales en Chile. Trayectoria histórica y proyección política*. Santiago, Uqbar, 2012. pp. 47 – 59.

8 El IV congreso de la Federación de Estudiantes Secundarios, FESES, en noviembre de 1989, aplastó la plataforma reivindicativa que caracterizó al movimiento en Dictadura y aprobó, mediante una mesa política efectuada antes del Congreso como se reconocería más tarde, un simple apoyo a la candidatura de Aylwin. Anónimo, *Breve reseña histórica de la Feses o el derecho a la memoria*. Santiago, Ediciones el Pingüino rojo, 1992, pp. 9 y 10. Citado por Patricio Lagos F., "Sobre algunas formas de construcción de organización y movimiento estudiantil a fines del siglo XX" (Texto presentado en *Tertulia por el Socialismo y Luchas Sociales*, Centro Cultural "El Sindicato", 6 de julio, 2006). En Archivo Chile, www.archivochile.com (consultado el 25 de noviembre, 2012).

provocar un hipotético retorno de los militares. De esta forma, los estudiantes se movilizaron en 1992, en demanda de más fondos para los créditos, y en 1993 en resistencia a la liquidación paulatina de las universidades públicas. Lo hicieron principalmente a partir de precarias articulaciones, remitidas a los planteles o incluso sólo a algunos campus, en contra de sus dirigentes y a pesar de la línea política dominante tendiente a la contención y desmovilización de la lucha social.

La sincronía entre la crisis del sistema público de educación superior y la actitud de "contención" de las dirigencias estudiantiles de la Concertación, dio una particular oportunidad histórica a la izquierda. Desde fines de los años '80, lo que quedaba de izquierda revolucionaria estaba refugiada en los campus y facultades de humanidades, pedagogías y ciencias sociales; por lo que la coyuntura de 1993-1994 abrió la puerta para crecer en medio del desencanto juvenil hacia los partidos de gobierno y hacia la política en general; por otra parte, la crisis de la institución universitaria le permitía graficar con facilidad los efectos de las políticas neoliberales de la Dictadura que la Concertación se esmeraba en profundizar.

Así, el Movimiento Estudiantil de la transición fue desarrollando una fresca crítica al modelo económico y social del Chile de fin de siglo, a partir de la experiencia de crisis, resistencia y lucha que le dio forma en esos años. El fracaso de la fórmula de subsidios y competencia mercantil en educación, así como los primeros visos de agotamiento concertacionista, le dio fuerzas a la izquierda para que desde 1994 comenzara una lenta reconstrucción, tanto institucional en las federaciones, como de crítica política desde las bases. Para 1995, las Juventudes Comunistas (JJCC), la principal fuerza dentro de la izquierda en ese entonces, habían emprendido la recuperación de la FECh, caída dos años antes, con nuevos estatutos y una dirigencia provisoria que se ratificó al año siguiente en la figura de Rodrigo Rocco. De la misma forma, una nueva articulación de organizaciones estudiantiles a nivel nacional se forjaba en la Unión Nacional de Estudiantes, UNES, fundada en 1994 y que coordinaría las protestas de esos años, tanto en los temas crediticios como a la iniciativa legal del Gobierno, que profundizaba las formas neoliberales de administración de la educación superior pública. Otros grupos, como la SurDA, nacida en la U. de Chile en 1993, participaron con similar actitud en la reconstrucción de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción, en 1996. Esta, al igual que la FeUSACh en el mismo año, fue levantada por una nueva generación de estudiantes, los que desde la organización y la movilización más o menos autónoma y en creciente masificación desde 1992, experienciaron la necesidad de contar con instituciones de mayor calado en las luchas que enfrentaron.

En este escenario, el primer ciclo en esta periodificación, vale decir, de 1987 a 1997, está determinado por la crisis de las organizaciones estudiantiles a partir de su desmovilización y despolitización; por la crisis de las instituciones universitarias mismas, debido a la falta de financiamiento y al abandono administrativo en que se encontraban. Por último, estuvo determinado por un renacer, relativamente autónomo, del movimiento estudiantil como lucha corporativa por mayores tasas de financiamiento a la demanda, pero en evolución hacia una crítica profunda al neoliberalismo y a la clase política de la Transición. Este renacer tuvo como actor político protagónico a la amplia diversidad de la izquierda, aunque en especial a las JJCC y a los grupos autonomistas que se articularon en torno a la naciente SurDA.

II.- 1997 – 2000, Lucha, derrota e instrospección

El hito de 1997, así como los hechos ocurridos hasta, más o menos, el año 2000, marcan un breve periodo de transición en las formas de organización y lucha del Movimiento Estudiantil. Es por lo mismo que vale referirse a él por separado.

Las movilizaciones de 1997, como vimos, no fueron un mero “estallido” estudiantil. Sus condiciones de desarrollo -la fuerza de número, la decisión de las organizaciones permanentes, el repertorio de acciones, el programa y las demandas- se desplegaron en las movilizaciones como en un punto de llegada, haciendo síntesis de una conformación de larga data en dichos factores. Visto en perspectiva, las protestas estudiantiles de 1997 vendrían siendo uno de los primeros enfrentamiento desde la nueva conflictividad originada por la crisis de la educación pública y la frustración con la transición democrática larvada en los años '90. La escalada de movilizaciones en dicho año significó la ruptura con la tranquilidad social, real o percibida, que predominó en los años de fin de siglo. También se trató de la emergencia a una visibilidad inédita de discursos y dirigentes radicalizados, que rompían con el tabú de que las organizaciones sociales no podían criticar a la Concertación, so pena de ser catalogados de 'Quinta columna' del pinochetismo. En lo novedoso que resultaron ambos cambios de actitud, está tal vez la razón de por qué “el '97” marcó tanto la memoria de las generaciones estudiantiles previas a 2005.

La movilización, a nivel nacional y de profundidad discursiva, se distinguió en dos planos. Primero, una lucha que expresó una larga acumulación de malestar entre las bases estudiantiles, las cuales demandaban mayor participación en la toma de decisiones de la universidad, es decir, la promesa trunca de la democratización. Un segundo plano correspondió a la agitación producto de la permanente crisis de financiamiento de las instituciones, que se expresaba en problemas de funcionamiento e infraestructura de los planteles, así como en la carencia de fondos suficientes para los créditos estudiantiles. El punto de encuentro de ambos planos de lucha se daba en la demanda, extendida entre la izquierda y las dirigencias pero no tanto en las bases, del fin del modelo de educación de la Dictadura, consagrado en la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza, la LOCE, firmada por Pinochet el último día que estuvo en el poder, en marzo de 1990. El Estado resolvió la crisis con más fondos para créditos, mientras achacaba la imposibilidad de mayores reformas a los candados de la LOCE.

De esta forma, la movilización se degranó en los acuerdos locales de la FECh y la FEUSACh para producir nuevos estatutos que remplazarían a los hechos en Dictadura y que aún estaban vigentes. Entre los estudiantes movilizados en otras universidades, especialmente entre la izquierda no comunista y las bases de las instituciones regionales, se consideraron estos acuerdos como una traición al petitorio nacionalmente acordado a través de lo que ya desde 1996 era la Confederación de Estudiantes de Chile, CONFECh.

Así, las movilizaciones de 1997 significaron acuerdos que satisficieron demandas históricas de un sector del estudiantado, pero que no se correspondían con el grado de radicalidad de la crítica al modelo educacional que se había fraguado en los campus, y que se había extendido a importantes franjas de base estudiantil ante la inactividad de los dos primeros gobiernos de la Concertación. Esta frustración fue capitalizada, primero, por la apatía estudiantil ante las organizaciones, las que cayeron nuevamente en crisis tras las largas luchas de 1997, como es el caso de la FEUSACh, donde desapareció la federación en 1999 o la FEC, donde en 1998 y 1999 gobernó la DC, un año sola y el siguiente en alianza con la derecha. Luego, los

colectivos autonomistas, coaligados en torno a la SurDA, aprovecharon la debacle de las JJCC en las elecciones de federación, consignadas como responsables de la "derrota" de 1997.

La hegemonía comunista en el Movimiento Estudiantil, que abarcó casi todos los años '90, para fines de la década, ese liderazgo estaba débil. En su lugar se comenzaba a dibujar la predominancia de una izquierda diversa, con posiciones radicalizadas respecto al neoliberalismo y cuya cultura militante estaba mucho menos apegada a las instituciones y a la organización vertical propia de la política del siglo que terminaba. La derecha y la Concertación, por su parte, apenas lograban mantener un periodo completo una dirigencia, para que rápidamente fuesen desplazados por los sectores más radicalizados. La hegemonía de izquierda en el Movimiento Estudiantil se configuró por estos años hacia su forma madura, debido principalmente a que fue el único sector político siempre dispuesto a movilizarse y con una capacidad crítica aguda y sopesada sobre la mercantilización del sistema educacional.

En este periodo, además, y fruto de la breve pero aplastante mayoría de que gozaron los comunistas en la CONFECh en 1998, se realizó en abril de ese año el primer Congreso Nacional de Estudiantes (CNE, o CNU, de "Universitario", según algunas fuentes) y que fue reivindicado por las JJCC como un avance de la política estudiantil comunista. El CNE tuvo vida corta, básicamente debido a la división triple que había en él: por un lado la Concertación y otros grupos a la derecha del PC; las JJCC como principal fuerza (con 108 comunistas entre los 375 delegados electos); y la creciente influencia de los independientes de izquierda, cuyo sector más potente eran los autonomistas. El CNE fue boicoteado por las juventudes de la Concertación, las que se retiraron del encuentro tras el intento de la Jota y otros sectores de izquierda por construir una directiva nacional del Confech[9]. Nunca sus resoluciones se refrendaron y estas pasaron al olvido, aunque se correspondieron con las demandas de recuperación de la universidad pública, el fin de la LOCE y la democratización de los planteles.

En general, el periodo de 1997 a 2000 está marcado por el fin del ciclo de reconstrucción de las organizaciones estudiantiles. La crisis que siguió a las protestas no significó un retroceso a las condiciones de 1993 o 1994, sino que un periodo de baja organización y apatía entre las bases que no alcanzó los niveles de esos años. Al mismo tiempo, la crítica al modelo económico se agudizó, aún más cuando en 1997 comenzó la Crisis Asiática que golpeó especialmente a Chile. Esto se vio expresado en el crecimiento de la izquierda no institucional, a costa del estancamiento y luego retroceso en el meteórico ascenso comunista en los campus. Respecto a las formas de organización, comenzaron a crecer en legitimidad aquellas que ponían coto al poder de los dirigentes, así como aumentaban la capacidad de veto de las bases. De esta forma, las asambleas, coordinadoras o consejos de delegados empezaron a convivir con las ya casi extintas mesas políticas, los dirigentes reelectos indefinidamente o el presidencialismo vertical en las federaciones. Este proceso se puede ver como un fortalecimiento democrático por la base, así como una nueva faceta de la

---

[9] Patricio Lagos F., , "Sobre algunas formas de construcción de organización y movimiento estudiantil a fines del siglo XX" (Texto presentado en *Tertulia por el Socialismo y Luchas Sociales*, Centro Cultural "El Sindicato", 6 de julio, 2006), p. 14. En Archivo Chile, www.archivochile.com (consultado el 25 de noviembre, 2012).

organización social, donde la desconfianza hacia los militantes y sus orgánicas impuso mayores controles a los dirigentes desde los mismos estudiantes.

III.- 2001 – 2011, Emergencia de masas y politización

El mismo José Joaquín Brunner que predecía el fin del viejo movimiento estudiantil en 1985, anunció hace poco que vivimos en los tiempos de la "universidad de masas"[10]. Si a ello le sumamos el salto histórico de los gobiernos de la Concertación en la cobertura del sistema primario y secundario, podemos decir que en los últimos años se ha desplegado, por fin, un sistema educacional integral de masas. En base a ello y para el caso de este escrito, es posible sostener, entonces, que a dicha forma le corresponde el Movimiento Estudiantil de Masas, y que su emergencia se dio a "golpes apurados" durante la primera década del tercer milenio. La masificación del componente estudiantil de la sociedad, a la vez que las transformaciones en el seno del movimiento, generaron nuevas formas de lucha y organización que serían destacadas en las protestas de 2006 y 2011, pero que ya llevaban mucho tiempo larvándose entre los estudiantes.

En 2001, el viejo topo secundario volvió a emerger. En octubre de 2000, la FESES desaparece definitivamente en su último congreso. La voluntad de colectivos y dirigentes que le puso término fue la que posteriormente daría vida a la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (ACES). Esta Asamblea no sólo protagonizó una "toma de Santiago" en 2001, protestas con las que obtuvieron una modificación de los criterios de entrega del Pase Escolar, sino que fue un impulso en la renovación del Movimiento Estudiantil y Social en general. Como dirá el último presidente de la FESES y uno de los fundadores de la ACES, Julio Reyes, "No es la ACES una 'coordinadora de presidentes de CCAA', sino una de estudiantes organizados (…) La autonomía es un principio rector, así como la horizontalidad, que debe entenderse como 'acción directa de masas', lo contrario a delegar esa acción en un dirigente"[11].

Los colectivos políticos en los colegios, a diferencia del mundo universitario, no eran pensados como espacios de articulación distintos o relacionados a las organizaciones de estudiantes, sino que, en la mayoría de los casos y ante la prohibición de conformar organización en los liceos, estos fueron y siguen siendo un espacio político social, que es a la vez tanto un núcleo de dirección como una asamblea social. Este mismo formato se dio en los años de crisis de organización en el mundo universitario a mediados de los años '90: "Murga" en la PUC, "La Reforma" en la Universidad de Chile, "Estudiantes en Movimiento" en la Universidad de Concepción, entre otros, en la práctica constituyeron el movimiento

---

[10] "La educación terciaria iberoamericana mantuvo un estricto carácter elitista hasta comienzos de los años ochenta, con una tasa promedio de participación inferior a un 15%. Luego entró en una fase de rápida masificación, logrando una cobertura bruta de un tercio de la cohorte alrededor de 2005, para proyectarse actualmente hacia el umbral de la universalización, que Trow sitúa en el punto donde una mitad de la cohorte se halla representada en el nivel superior". José Joaquín Brunner, "La idea de universidad en tiempos de masificación", publicado en *Revista Iberoamericana de Educación Superior (RIES)*, vol. III, n° 7. México, UNAM-IISUE / Universia, p. 135.

[11] Julio Reyes (dirigente FESES y después vocero ACES), "ACES, hacia una nueva dinámica de acción". En *El Rodriguista*, mayo 2001.

estudiantil de sus localidades, siendo el colectivo un referente, tanto de la lucha por las demandas gremiales como de la crítica más profunda al modelo educacional neoliberal. En esta década, a la vez, el formato sería reutilizado en las universidades privadas, donde no existía ni tradición de organización ni el “permiso” de las autoridades o dueños de las casas de estudio.

En dichas condiciones, el Movimiento Estudiantil de masas practicó la democracia de base y la autonomía política como una necesidad ante, por un lado, la desconfianza de las bases hacia las organizaciones y discursos políticos, en especial de los partidos tradicionales, y por otro, ante la prohibición y la falta de tradición de organización estudiantil. El carácter de masas que adquirían las luchas estudiantiles, además, hicieron de la democracia de base y la autonomía política no sólo un fetiche novedoso, sino que la vía por la cual cientos de miles de jóvenes, con más de tres décadas excluidos de cualquier espacio soberano sobre su realidad inmediata o sobre la sociedad toda, se integraron a la crítica social y a la politización. Cierto es que estos cambios y procesos no alcanzaron ni a todos ni a la mayoría de los estudiantes secundarios y menos a los universitarios de planteles no tradicionales. Pero cabe destacar que sí fueron la norma entre los sectores más dinámicos de estos campos y aquello se demostró como un elemento en alza desde 2001 a 2011.

En 2001, como dijimos, los secundarios realizaron protestas masivas, protagonizadas por decenas de miles de escolares, en demanda por el pase escolar. Aunque la demanda era netamente gremial, el componente de masas populares entre ellos, los mismos que trastornaron la ciudad en abril de ese año cuando desde los liceos periféricos y del centro de Santiago se dejaron caer en las calles de la ciudad sin aviso previo, no podía sino significar una novedad. Por lo mismo la prensa de entonces las denominó las protestas estudiantiles más grandes desde la Dictadura. En este periodo, el movimiento estudiantil universitario vivió dos procesos importantes: una evolución de su crítica al modelo educacional y una transformación política y de clase, aún inconclusa, del carácter de sus bases y dirigencias. Tras algunas escaramuzas gremiales, por mayores fondos para el crédito universitario, en abril de 2001 los estudiantes universitarios lograron detener una primera versión de la Ley de Financiamiento, la misma que en 2005 crearía el Crédito con Aval del Estado (CAE), con una marcha de quince mil estudiantes por la Alameda de Santiago. Así y todo, el primer lustro del siglo XXI fue de crecimiento para el Movimiento Estudiantil, en organización para los secundarios, en politización para los universitarios; elementos que se fraguaron en la calma que precedió a la tormenta.

A fines de 2004 el Gobierno anunció el proyecto de ley de financiamiento de la educación superior. En concreto, significaba terminar con el eterno déficit del 'Fondo solidario del crédito universitario' al entregar su administración a la banda y, por ende, al mercado, creando así el CAE. Las movilizaciones no se hicieron esperar y marchas, paros y tomas se sucedieron durante todo el primer semestre del año 2005, al igual que como había sucedido por más de una década. Esta vez, eso sí, con una importante novedad: se movilizaron estudiantes de algunas universidades privadas, rompiendo a la vez con la intentona del Gobierno de dividir a los estudiantes de los establecimientos tradicionales con los de las universidades privadas, supuestamente los beneficiarios directos del CAE. Con este primer atisbo de protesta antineoliberal desde sectores estudiantiles hasta ahora pasivos y que se creía deseaban la llegada de los préstamos bancarios; se hizo notorio que el rechazo al modelo educacional neoliberal había superado el estado de la crítica corporativa para avanzar hacia una crítica

más universal, es decir, al sistema en su conjunto. En otras palabras, denotaba visos de una politización que tan esquiva le había sido al movimiento en la década anterior.

A nadie le cabía duda que el CAE era profundamente neoliberal, y por lo mismo no sorprendió a nadie que fuera sustentado por el mismo presidente Ricardo Lagos y el ministro de educación de entonces, Sergio Bitar, ambos socialistas, ni que recibiera el apoyo de los parlamentarios de la Concertación y de la Derecha. A esas alturas, para los sostenedores del pacto de la transición, se trataba de una política de "unidad nacional". Bajo la demanda de "Lagos, veta la ley", los estudiantes realizaron las últimas movilizaciones de masas en mayo y junio, incluyendo una concentración en el Parque Almagro, sin poder torcer el destino de la aprobación del CAE, cuya ley quedó promulgada definitivamente el 1 de junio de 2005. Debido a la mantención de las protestas y a la apertura de una mesa de negociación, en septiembre de 2005 la CONFECh firmó un acuerdo con el ejecutivo -el famoso "Acuerdo Confech-Mineduc"- que, a pesar de la extendida creencia, no trató ningún punto del CAE, y que concedía un 100% de cobertura a los estudiantes de los tres quintiles más pobres, una reforma profunda del formulario único de acreditación socioeconómica (FUAS) y la creación del arancel de referencia.

En 2006, las cosas cambiaron radicalmente. Aunque no es este el espacio de hacer un recuento de las conocidas movilizaciones estudiantiles de aquel año, principalmente de secundarios; valgan algunas anotaciones sobre lo que implicó su carácter en el desarrollo del Movimiento Estudiantil. Primero, dichas protestas significaron el establecimiento permanente (hasta ahora) de un movimiento estudiantil secundario, compuesto de masas juveniles, cuya extracción ha sido notoriamente popular. Implicó así el retorno de un viejo fantasma para las elites chilenas: el fantasma de los pobladores periféricos, de los que están fuera de la polis y cuya historicidad desde hace tres décadas se resume a 'terminar bailando y pateando piedras'. Segundo, las formas de organización horizontal y democrática, que se relacionaban con la masividad de las bases estudiantiles, alcanzaron un grado de madurez que les permitió ser hegemónicas en el movimiento estudiantil, y algunas de sus instituciones, como la revocabilidad o las asambleas de base, fueron integradas a la ya centenaria forma federativa universitaria. Por último, las protestas de 2006, masivas y novedosas en organización, fueron derrotadas por la traición del Gobierno de Bachelet y la clase política de la transición. Esto se materializó cuando el informe del Consejo Asesor Presidencial de la Educación, conformado por distintos actores sociales y políticos, entre ellos dirigentes estudiantiles y académicos, terminó siendo alterado por el parlamento, en la lógica de los acuerdos, para producir la Ley General de Educación de 2009. La LGE fue promulgada en aquella famosa escena donde toda la clase política levantó las manos unidas, en una especie de ritual que trataba de convencer sobre lo histórico del momento y la densidad del cambio realizado. Las protestas de 2011 echarían por tierra esa ilusión, así como su desconexión con el sentir popular en materia de educación.

Esta verdadera 'pérdida de inocencia' por parte del Movimiento Estudiantil para con la clase política, especialmente entre las familias y los sectores que recién se habían constituido, como los secundarios y los estudiantes de universidades no tradicionales, es lo que está en el origen de la doble crítica del movimiento estudiantil de 2011: la crítica al modelo social y económico en su conjunto y la crítica a la clase política que lo heredó de la Dictadura y lo administró como propio, perfeccionándolo. Además, significó no sólo una evolución cualitativa del discurso de los movilizados, sino que una evolución cuantitativa en sus

contingentes, ya que ahora el Movimiento Estudiantil podía contar a las franjas organizadas por centenares de miles y no sólo por "minorías sobreideologizadas", como las llamaba el Gobierno antes de 2006.
Entonces, el periodo de 2001 a 2011 comprendió la maduración de las transformaciones ocurridas en la década anterior. Ese proceso estuvo determinado, aunque no únicamente, por un elemento clave: el crecimiento de una izquierda distinta, masiva, radical y con grados de alcance importante. Esta izquierda, aunque diversa y atravesada por contradicciones, ha sido capaz de sostener y desarrollar la hegemonía antineoliberal que se fraguara en los años de esplendor comunista, en los '90 del siglo XX, y que tanto en la organización de base como en la posición de sus dirigentes, ha sabido desprenderse del trauma de las sucesivas derrotas de 1973 a 1986, así como de la pesada mochila dogmática y retórica que heredó; aunque sin renegar de su propia historia. Esta nueva izquierda, aún en formación, expresa un antagonismo político propio de las condiciones sociales de su presente.

Conclusiónes apresuradas sobre dos décadas de lucha estudiantil

Mucho se ha dicho de las contradicciones sociales del presente; en general, pareciera que existe un consenso respecto del avance del endeudamiento como una forma extendida de expoliación de masas y una precarización del trabajo en Chile[12]. Resalta lúcida una vieja frase del Manifiesto Comunista, "cuando ya la explotación del obrero por el fabricante ha dado su fruto y aquél recibe el salario, caen sobre él los otros representantes de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etc.". De la misma manera, sobre las espaldas de sus padres, que han sido reventadas por el trabajo, cientos de miles de jóvenes cuelgan deudas contraídas para obtener una certificación que les de derecho a trabajar en lo que desean. O ellos hipotecan su futuro, o sus padres su presente. Porque en educación, se ha sumado a la extracción de plusvalía en el momento productivo, la extracción de plusvalía en el momento de circulación[13]. En ese modelo, de la cosa llamada dinero "brotan quimeras mucho más caprichosas que si, por libre determinación, se lanzara a bailar".
Esas contradicciones teóricamente enunciadas encuentran expresión histórica -real- en las masas de estudiantes endeudados en instituciones mediocres que no aseguran nada. El reciente cierre de la Universidad del Mar es sólo un puerto de llegada para un drama de proporciones. De ahí que el Movimiento Estudiantil haya decantado en una crítica frontal al negociado con un derecho social, y también de ahí viene su capacidad única de interpretar el malestar de las mayorías.
La politización largamente larvada de las franjas organizadas del Movimiento Estudiantil ha procesado esa crítica, a través de las dirigencias, en una crítica anti-neoliberal. Es una crítica

---

[12] Como muestra, ver Alexander Páez, "La nueva cuestión social de la Iglesia y los oídos sordos del gobierno". En *El Mostrador*, 8 de octubre, 2012. En http://www.elmostrador.cl/opinion/2012/10/08/la-nueva-cuestion-social-de-la-iglesia-y-los-oidos-sordos-del-gobierno/ (Consultado el 26 de diciembre, 2012).

[13] "En rigor, el carácter "revolucionario" de esos decretos dictatoriales consistió –solamente- en pasar a segundo plano la plusvalía atada al proceso productivo, para instalar sobre ella, con peso de aplastamiento, las plusvalías de circulación, incrustadas en la carne viva de la previsión, la salud, la educación y el consumo de los trabajadores chilenos". Gabriel Salzar, *Movimientos*..., p. 341.

de masas por la promesa liberal incumplida, pero que en el conflicto tiende a expresarse 'por la izquierda', deviniendo en la demanda por derechos sociales universales garantizados por el Estado. De una crítica de masas propia de las contradicciones maduras del neoliberalismo, pareciera que emerge una crítica anticapitalista propia de dicho conflicto. En ese orden, la periodificación que acabamos de presentar es la del largo tejido de las experiencias sociales que cuajaron en el “No al lucro”. Ese fue el Movimiento Estudiantil que existió en la transición y sus novedades y transformaciones hacen imposible la comparación con otras experiencias de lucha estudiantil que ocurrieron en el siglo pasado.

Dadas las condiciones objetivas de explotación de masas y politización crítica de ello, de distintas “graduaciones de conciencia política” en el seno del activo educacional, ¿Es posible pensar al movimiento estudiantil de masas como la lucha de un grupo social explosivo, no ligado a la producción sino a la circulación? ¿Qué desafíos presenta para su articulación con los grupos sociales estratégicos, a saber, los trabajadores? ¿Es posible encontrar enlaces para dicha articulación en la común explotación en la circulación, en sus efectos familiares en padres e hijos, en comunidades barriales y de trabajadores? Tales preguntas quedan abiertas al lector y esperamos que la autoeducación del Movimiento Estudiantil progrese en función de la necesidad social de sus respuestas.